

EDITORIAL

Geografía y COVID-19

Geography & COVID-19

Delfina Trinca Figuera

EDITORA RESPONSABLE

<https://orcid.org/0000-0001-7878-3840>

Desde fines del 2019, pero sobre todo en lo que va del 2020, el mundo ha transitado por una situación nada novedosa pero si terrible en términos de los efectos que ha tenido sobre lo cotidiano de los seres humanos. La propagación a escala planetaria de un virus de la familia del síndrome respiratorio agudo grave (SARS) y del síndrome respiratorio de Medio Oriente (MERS), denominado *Coronavirus Disease 2019* (COVID-19), ha sido abrumadora. En escasos dos o tres meses, luego de haber sido detectado en un mercado en la ciudad de Wuhan, China, a fines de diciembre del 2019, la expansión de la enfermedad ha sido vertiginosa al extremo que el 11 de marzo la Organización Mundial de la Salud, la decretó como pandemia. Ya para mediados de ese mismo mes se estimaba que había alcanzado a más de 110 países.

No es la primera vez que la humanidad vive situaciones parecidas a causa de la difusión de alguna epidemia. Ya desde antes del encuentro de dos mundos a finales del siglo XV, se habían reportado casos de enfermedades cuyo ámbito había trascendido su lugar de origen; baste recordar a la conocida peste negra, cuyo comienzo se ubica en Asia, llegando al continente europeo en el siglo XIV, siguiendo las rutas comerciales de la época. Hasta la fecha, esta enfermedad se tiene como una de las más devastadoras de las que se tiene conocimiento si se mide en cantidad de víctimas fatales.

¿Cuál podría ser una de las diferencias en la propagación de enfermedades de carácter pandémico con la que vivimos hoy día? A nuestro juicio, una de las explicaciones entre el antes y el ahora radica en la tecnología. La relación entre el hombre y otros seres vivos (u otros organismos) en un ambiente cualquiera puede ocasionar, a veces, la ruptura de ese delicado equilibrio que sostiene la vida en nuestro hábitat, lo que puede traer como resultado, entre otras cosas, que aparezcan enfermedades, y dependiendo de cual sea, su transmisión puede ser más rápida (o menos) y resultar más mortífera (o menos) para los seres humanos. Y esto ha sido así desde el comienzo de la historia humana

¿Cómo la tecnología ha contribuido a que la expansión de una enfermedad sea más o menos rápida? En el tiempo de los hombres era difícil que una dolencia, su difusión, fuese más allá de los límites conocidos, aun cuando la curiosidad innata del hombre, aunada a su necesidad de trascender en tanto que ser vivo, debe haber contribuido en muchas ocasiones a su expansión. Allí está el caso de lo ocurrido con el encuentro entre los europeos y los nativos de América. En menos de un siglo la población ‘encontrada’

disminuyó en varias decenas de millones. Este es un muy buen ejemplo de como, gracias a los avances de la época en materia de navegación, la interacción entre personas, bienes, microbios y virus entre dos áreas del planeta separadas durante milenios por un inmenso océano, ocasionó una epidemia de proyecciones impredecibles.

Cuando llegamos al tiempo de las máquinas, las enfermedades tuvieron un nuevo medio para expandirse; lejos quedaron las carabelas en las que se trasladaban los europeos hasta el nuevo mundo; ahora el barco movido por una fuente energética distinta a la eólica transporta a miles de personas desde un continente a otro, pero con ellos también viajan otros pasajeros causantes de enfermedades que pueden llegar a tener severas consecuencias para todos aquellos que no tiene inmunidad ante los patógenos viajeros. Ahora, la trasmisión es mucho más rápida que otrora, pero también lo que se sabe de ellas 'viaja' mucho más de prisa que antes. Recordemos que ya para el siglo XIX entre nosotros están dos medios de comunicación distintos a las cartas; nos referimos al telégrafo (1836) y al teléfono (1876), además del ferrocarril y su impacto como medio de transporte integrador de territorios, pero también 'repartidor' de dolencias.

Hoy día, gracias al desarrollo de las tecnologías de la comunicación e información, y sobre todo gracias al computador que ha facilitado que la noción de tiempo real se haya instalado en nuestro cotidiano, la pandemia ocasionada por el COVID-19, a diferencia de otros momentos en la historia del hombre, puede ser percibida de manera sincrónica y a escala planetaria. Estamos hablando que el desarrollo de las TIC's está permitiendo vivenciar la instantaneidad, la simultaneidad y la convergencia de los momentos al decir de Milton Santos. Nunca antes los seres humanos habían asistido en primera fila a la expansión de una enfermedad en tiempo real y a sus devastadores efectos en todos los campos de su quehacer. Una vez más se está ante la empirización del tiempo, pero en esta oportunidad ocurre en tiempo real, bien diferente del tiempo de los hombres y de las máquinas cuando se materializaba espacialmente de forma diacrónica, a veces sincrónica, pero sin que los grupos humanos afectados tuviesen conocimiento unos de otros. Es oportuno recordar que el tiempo, el espacio y el mundo son realidades históricas por lo que su existencia material cobra vida a través del uso que la sociedad hace, precisamente, de su espacio y de su tiempo.

Ante la sincronía de la pandemia, ¿qué tendría que decir la geografía, además de mostrar en mapas digitales, en tiempo real, como avanza la enfermedad? ¿Sería pertinente preguntarse si todo el cambio en el cotidiano

de las personas tiene consecuencias espaciales? ¿Hasta dónde su impacto en la división espacial del trabajo obliga a repensar nuestra disciplina? ¿Cuáles serán los retos a los que se enfrentan los cultores de la geografía, gracias a la pandemia?

Estas interrogantes no tienen, por lo menos hasta este momento, respuestas que apunten a esclarecer el futuro mediato, pero es claro que desde esta disciplina se debe comenzar a reflexionar sobre esto y cuáles podrían ser sus aportes. Ya muchos han comenzado a transitar este camino, p.ej. el hecho de que se esté observando la evolución de la enfermedad a través de un SIG *On line*, que facilita seguir su distribución espacial en actualizaciones diarias; que cada vez más nuestra interacción interpersonal sea a través de plataformas que facilitan la comunicación instantánea; que se haya pasado de una educación presencial a otra no presencial, por mencionar solo algunos de los ejemplos más emblemáticos, son hechos irrefutables y que obligan a los pensadores de todas las disciplinas a plantarse ante esta nueva realidad con la vista puesta más allá de lo inmediato.

Los ejemplos citados, son muchos más, enfrentan al hombre al gran tema de comienzos del siglo XXI: la revolución tecnológica y su comprensión. Se comparte con Harari que esta revolución podría significar un momento tan trascendente en la historia de la humanidad como lo fue la Revolución Francesa. Y la velocidad a la que se desarrolla, característica esencial que define nuestro tiempo, será cada vez mayor. La actual pandemia ha precipitado la reflexión hacia dónde vamos y cómo. Y la geografía no escapa de ella.

El COVID-19 ha colocado a esta ciencia, de manera abrupta, ante una realidad que se debería aprovechar: es la oportunidad para analizar la sociedad espacializada desde una escala 1:1 hasta una planetaria, pero con una revolución tecnológica de por medio. Y en esto la geografía tiene mucho que decir. Manos a la obra.

NOTA: para la redacción de este texto nos auxiliamos con las lecturas: *La naturaleza del Espacio*, 2006; Milton Santos, Editorial de la Universidad de São Paulo, Brasil; *De Wuhan a Luján. Evolución del COVID-19*, 2020; Gustavo Buzai, POSICIÓN 2020, 3. Disponible en: www.posicionrevista.wixsite.com/inigeo; *Las dos únicas destrezas que necesitarás para el resto de tu vida*, 2020; Yuval Noah Harari. Dialogo con Tom Bilyeu en el programa *Impact Theory*. Disponible en: www.eluniverso.com.